

Entrevista con Luis Alberto de Cuenca*

Carlos Alfieri

—¿Cómo encontró la Biblioteca Nacional al asumir su cargo, el 4 de junio de 1996?

—Digamos que no encontré nada especialmente problemático en cuanto a la marcha de la Biblioteca. La encontré muy reformada, puesto que desde 1986, en que asumió la dirección Juan Pablo Fusi, experimentó una modernización importante, continuada por los directores que sucedieron a éste, Alicia Girón, Carmen Lacambra y Carlos Ortega. Durante esta etapa se ejecutó un plan de puesta al día basado en la informatización y reconversión de la institución, que de ser fundamentalmente una biblioteca para todo el mundo se convirtió en una más restringida, de último recurso, en un centro de investigación. Hace poco me comentaba el director de la Biblioteca Nacional de Argentina, Oscar Sbarra Mitre, que debía afrontar las necesidades derivadas del alto número de usuarios que concurrían cada día: casi tres mil. La suya es una biblioteca abierta, para todo el mundo. La nuestra, en cambio, está dedicada esencialmente al investigador; por eso contamos con una cantidad mayor de usuarios: alrededor de ochocientos diarios, lo cual es mucho, sin embargo, para el personal que tenemos. Aquí existen otras instancias bibliotecales, como las instituciones municipales y las públicas, que absorben a todos esos lectores de la novela de moda o del periódico del día. Nosotros creemos que es mejor especializar las bibliotecas, y de hecho esta tendencia está predominando en los países más avanzados, sin perjuicio de que en Argentina, por ejemplo, se siga el modelo tradicional y consideren que funciona adecuadamente.

Por otra parte, me enfrenté a una Biblioteca en perpetuo estado de obras; me temo que ése va a ser el aire que vamos a respirar en los próximos años. Afortunadamente, hemos recibido ahora un dinero suplementario que nos permitirá acortar el plazo de ejecución de esta fase de las obras: estaba previsto finalizarlas en el año 2002 y vamos a culminarlas en 1999. Pero luego quedará el jardín y quedarán flecos sueltos. Pienso que la historia grande

* *Director de la Biblioteca Nacional*

de la Biblioteca Nacional es también la historia de sus obras. Es lógico: ha sido preciso ir adaptando a los tiempos lo que se llamaba un Palacio de Bibliotecas y Museos, en donde coexistían, por ejemplo, la Oficina de Depósito Legal con los museos de Arte Moderno y de Arte Contemporáneo. Era una concepción clásica del pensamiento del siglo XIX, y del XVIII también, porque no olvidemos que el Museo del Prado era multidisciplinario en su momento; se trataba de hacer un centro de cultura en el que hubiese museos y bibliotecas: el Museo Arqueológico sigue existiendo, ocupa un tercio del cuadrado de la manzana, en tanto nosotros disponemos de los dos tercios restantes.

—¿Qué se está haciendo actualmente?

—En primer lugar, rentabilizar al máximo el espacio, multiplicar los metros cuadrados construyendo nuevos depósitos para albergar libros; luego, en respuesta al mandato social de habilitar la Biblioteca para el siglo XXI, se está cableando el edificio para adaptarlo a la creciente informatización con que funcionaremos. Claro, eso trae consigo una remodelación completa, una serie de obras muy complicadas que incluye también a los laboratorios, que no siempre están en óptimas condiciones. Por último, pretendemos convertir las salas nobles que dan a la calle en sede del Patronato, para que el diálogo de la Biblioteca con la sociedad se realice en un lugar acorde con su trascendencia. Creemos que los patronatos son fundamentales en cualquier estructura democrática y estamos decididos a potenciar el nuestro.

—¿Se ampliarán las salas de lectura?

—No, no es necesario. Hemos cuantificado el número de usuarios diarios, no sólo de la gran sala de lectura sino también de las que corresponden a las distintas secciones especiales, como Música, Cartografía, Bellas Artes, Raros y Manuscritos, y hemos llegado a la conclusión de que se cuenta con el espacio suficiente. Es más, la paulatina informatización del servicio incidirá en la menor presencia de lectores en el edificio, puesto que tendrán la posibilidad de acceder a los documentos en la pantalla de sus ordenadores. Esto no es jugar a la ciencia ficción: la gente utilizará las bibliotecas del siglo XXI, en gran parte, desde sus casas. Obviamente, existirán investigadores a quienes no les va a valer la digitalización por perfecta que ésta sea; para ciertos estudios necesitan «tocar» el manuscrito, por ejemplo. Pero siempre serán los menos. Estamos inmersos en un proceso de microfilmación, primero, y en ocasiones de digitalización directa. Una parte de nues-

tro banco fotográfico, que asciende a cerca de un millón de imágenes, ya puede ser consultada en pantalla.

—¿Cuál es el perfil del lector que acude cotidianamente a la Biblioteca Nacional?

—El perfil medio corresponde a personas de educación universitaria, con mayoría casi abrumadora de licenciados, muchos doctores, estudiantes de doctorado que vienen a hacer su tesis aquí, y profesores e hispanistas de todo el mundo que vienen en busca de ese libro o folleto raro que no tienen en sus bibliotecas. Tenemos bastantes visitantes extranjeros, sobre todo hispanistas, naturalmente, porque hay que decir que la Biblioteca Nacional de España está especializada en lo hispánico y en lo hispanoamericano. No gozamos de buenos fondos como para realizar investigaciones sobre anglística, o sobre literatura alemana o italiana, porque España, lamentablemente, ha tendido en su historia a la autarquía, y la verdad es que resulta muy difícil corregir ahora, en el plano de las adquisiciones, esa autarquía tradicional. A mí, por supuesto, me gustaría que aquí se pudiese estudiar también a Dante, Shakespeare o la Segunda Guerra Mundial, pero es realmente difícil alcanzar esa posibilidad. Debemos conformarnos con seguir alimentando y robusteciendo nuestra especialidad, por lo menos. En esta biblioteca se estudia sobre todo historia y literatura de España. También ciencia, pero fundamentalmente humanidades, de acuerdo con el espíritu de las bibliotecas nacionales, que se crean en el siglo XIX recogiendo iniciativas del XVIII. Historia y filología son las dos grandes áreas de privilegio aunque, por supuesto, no podemos dejar de mencionar cartografía y bellas artes. Poseemos una colección de dibujos increíble: varios de Velázquez, por ejemplo, de los pocos que se conservan; una colección de grabados de Goya impresionante, tal vez mejor que la del Prado, una riqueza en estampas inigualable. Destacable es también nuestro fondo de partituras. Digamos que haciendo este recorrido informal por las secciones más importantes de la Biblioteca nos damos cuenta de las características de sus usuarios, enrolados en general en el campo de las humanidades o de las ciencias sociales en su sentido básico.

—¿A cuánto asciende la cantidad total de volúmenes de la Biblioteca Nacional?

—Si hacemos la suma de todos los ítems nos salen aproximadamente catorce millones de piezas, para ser exacto, 13.923.509. Digo piezas, no

volúmenes; hay que tener en cuenta la distinción. Por ejemplo, cuando hablamos de periódicos diarios contabilizamos 1.610 piezas; una pieza es *ABC*, otra es *El País*, otra *La Vanguardia*, etc. Es decir, consideramos cada cabecera como una pieza, no todos los volúmenes o ejemplares que tenemos de ese periódico. Si contáramos volúmenes, sólo en periódicos podríamos llegar a una cifra astronómica, no sé, algo así como treinta o cuarenta millones de volúmenes, o muchos más. No quiero ni hacer la cuenta, se marea uno. Toda biblioteca nacional es una Biblioteca de Babel, que diría Borges, y todas aspiran de alguna manera a la exhaustividad: evidentemente, ninguna la consigue. Pensemos que la célebre Congress Library, de Washington: posee, creo, unos cuarenta millones de piezas, y sin embargo tiene también infinidad de lagunas. La biblioteca que reúna todas las bibliotecas todavía es un sueño.

—De esas casi catorce millones de piezas que constituyen los fondos de la Biblioteca Nacional, ¿cuántas corresponden a cada ítem?

—Aquí tengo la estadística. Los fondos de la Biblioteca nacional se distribuyen de este modo:

LIBROS (posteriores a 1830)	5.245.971
PUBLICACIONES PERIÓDICAS	84.000
CARTELES	1.539.125
FOLLETOS	3.756.855
MICROFORMAS	117.072
PARTITURAS	205.006
DIARIOS	1.610
MANUSCRITOS	25.000
INCUNABLES	3.000
IMPRESOS RAROS (anteriores a 1830)	237.970
DIBUJOS	20.386
GRABADOS	600.738
RETRATOS	35.000
FOTOGRAFÍAS	1.000.000
POSTALES	462.000
EX-LIBRIS	98.000
MAPAS	91.250
MAPAS MANUSCRITOS	652
MAPAS MUDOS (carpetas)	553
ROLLOS DE PIANOLA	1.288
DISCOS	195.171
CASETES	86.133
AUDIOVISUALES	20.848
ARCHIVOS DE ORDENADOR	4.925
MULTIMEDIA	211
EFÍMERA	90.145

–¿Tiene la Biblioteca Nacional de España convenios suscritos con sus homólogas latinoamericanas?

–Sí, los tiene con las de varios países hispanoamericanos y existen proyectos en vías de realización con otros. Se trata de convenios-marco muy amplios que se pueden ir desarrollando en temas puntuales. Por ejemplo, hay un proyecto llamado A.B.I.N.I.A. que en este momento está funcionando muy en serio; consiste en configurar un fondo común de todas las bibliotecas nacionales iberoamericanas para editarlo en CD-ROM y ponerlo en la red, de manera que todo el mundo pueda acceder a un gran archivo de temas iberoamericanos y saber en qué biblioteca están los libros que se buscan. Dentro de este amplio proyecto que es A.B.I.N.I.A. hemos desarrollado un apartado de enorme interés: el *Novum Regestrum* (se llama así por seguir un poco el *Regestrum* de Hernando Colón, aunque en latín correcto sería *Regestum*); es una especie de movilización de todos los fondos antiguos –anteriores a 1800– de las bibliotecas iberoamericanas, incluyendo las de Brasil y Portugal. Esto significa agrupar todo el fondo documental y bibliográfico de la Península y América Latina, una tarea cuya importancia y trascendencia son notables.

–*Usted es poeta, doctor en filología clásica, profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, bibliófilo y estudio del cómic, entre otras cosas. ¿En que medida estas facetas profesionales y vocacionales facilitan o entorpecen su labor como director de la Biblioteca Nacional?*

–Yo diría que son facetas diferenciadas que en ningún momento entran en colisión entre sí. Como bibliófilo, en verdad me encanta estar en la Biblioteca Nacional; cuando pienso que estoy tan cerca de unos fondos bibliográficos tan importantes siento un gran placer, pero no tengo tiempo para ir a visitarlos ni he tenido la menor opción de estar en relación íntima con esos tesoros. Entonces, cuando vengo como gestor a la Biblioteca me olvido de que soy bibliófilo, y cuando estoy comprando un libro o en una subasta de ellos me olvido de que soy director de la Biblioteca Nacional. No siempre es fácil: he sido toda la vida un asiduo de las subastas de libros, y en muchas ocasiones me sentaba fatal cuando un representante de la Biblioteca Nacional ejercía el derecho de prioridad del Estado para la adquisición de un libro en la cantidad última de la puja, como está establecido legalmente. Sigo asistiendo a esas subastas a las que siempre acude un funcionario de la casa que no soy yo.